

HISTORIA Y MITOS NACIONALES

Eric J. Hobsbawm

[Biblioteca Virtual Omegalfa](#)

Este ensayo es el discurso de agradecimiento que Eric J. Hobsbawm pronunció al recibir el Premio por la Reconciliación y el Entendimiento Europeos en Leipzig. Su contenido se ocupa de la responsabilidad del historiador ante la propagación de la barbarie. "La reconciliación y el acercamiento europeos", dice Hobsbawm, "necesitan historiadores que trabajen por ellos, que los fomenten, precisamente porque en nuestra espantosa centuria el nacionalismo reaccionario y retrógrado se convirtió, en manos de políticos y fanáticos, en un instrumento sumamente peligroso, capaz de acabar con la civilización".

Me honra que ustedes piensen que, con mis libros, he contribuido a la reconciliación y al entendimiento europeos a pesar de que, como investigador, me he ocupado sólo tangencialmente de Europa. En efecto, como historiador y ser humano he tratado de entender y de hacer entender apenas una parte de nuestra época, casi incomprensible, y he intentado también —con mi obra— dar mi aporte con el fin de que nos acerquemos mutuamente. Porque, ¿cómo podría uno aproximarse a otras personas más allá de las fronteras nacionales y culturales, si no se es capaz de entenderse lingüística e intelectualmente?

La razón por la que una conversación entre nosotros es posible se debe no tanto al hecho de que, a pesar de ser inglés, les hablo a ustedes en alemán —bien es cierto que en un alemán desapacible al oído y rescatado de las profundidades de mi lejana juventud—, sino a que ustedes saben de qué hablo, a que to-

dos nosotros nos encontramos, por así decirlo, dentro de un mismo espacio intelectual. Sin este espacio común, sin las reglas compartidas de un discurso común, sin esa porción de nuestra identidad, compartida por todos los seres humanos, hablaríamos sin entendernos.

¿Cómo podría uno acercarse a otros, comunicarse con ellos, ya sea en Europa o en cualquier otro lugar, si les dijera: *"soy por naturaleza kurdo o serbio o negro o mujer o musulmán u homosexual o judío, y si no son como yo, no podrán entenderme? Ustedes simplemente no saben cómo soy. Mi verdad no es la de ustedes"*.

En nuestra época, caracterizada por la búsqueda de una identidad privativa, se escucha este lenguaje —por desgracia— con demasiada frecuencia, incluso en boca de intelectuales, quienes —se supone— deberían tener más conciencia de lo que pasa. Cuando se propagan verdades que no son claras, no puede haber ni comprensión ni acercamiento sino, en el mejor de los casos, delimitación recíproca. Y para muchos incluso esto no es suficiente. Sobre todo cuando los que se expresan así son los ideólogos y los políticos nacionalistas.

Pero dado que el nacionalismo se legitima a sí mismo y legitima también sus metas políticas invocando el pasado común de la nación que dice representar, deberían encontrarse necesariamente con la oposición —o, por lo menos, con el escepticismo— de los historiadores especializados.

Después de todo, lo que los ideólogos, agitadores, calumniadores y también los asesinos saben del pasado lo han aprendido, en última instancia, de aquellos que lo han estudiado y analizado, de los historiadores. Nos guste o no, en nuestros campos crecen las hierbas de las que no sólo se extrae la droga para el pueblo, sino con las que igualmente se fabrican explosivos. Si no somos capaces de contrarrestar el abuso y la manipulación de la historia y el peligro mortal que, con frecuencia, éstos traen aparejados en nuestros días, ¿no somos parcialmente responsa-

bles de lo que ocurra? Al fin y al cabo, en el siglo XIX —una época tan llena de esperanzas— algunos de nuestros predecesores y colegas de profesión pusieron sus plumas conscientemente al servicio de la causa nacional cuando se creía, por ejemplo, en 1848, que las ideas políticas nacionalistas y las liberales formaban un todo unitario, eran dos caras de la misma moneda. Y algunos todavía lo hacen, a pesar de que el concepto de lo "nacional" ha sufrido un fuerte viraje hacia la derecha.

La reconciliación y el acercamiento europeos necesitan historiadores que trabajen por ellos, que los fomenten, precisamente porque en nuestra espantosa centuria el nacionalismo reaccionario y retrógrado se convirtió, en manos de políticos y fanáticos, en un instrumento sumamente peligroso, capaz de acabar con la civilización.

Hace unas semanas estuve en Nápoles participando en un seminario sobre pasado y política en la región del Mediterráneo. Se habían reunido historiadores de Francia, España, Túnez y Marruecos; italianos, croatas, serbios, eslovenos, griegos y turcos discutiendo al pie del Vesubio. Y, sin embargo, ¿qué significado puede tener un seminario académico en el que los historiadores intercambian ideas y opiniones, comparado con las experiencias vividas por los pobladores de esta zona?

Tan sólo nuestro infausto siglo logró ponerle punto final a la convivencia histórica natural de estos pueblos. ¿Dónde están los griegos de Egipto, del Levante, del Asia Menor y de las costas del Mar Negro? Desaparecieron desde la Primera Guerra mundial; fueron desterrados o tuvieron que emigrar de los países y territorios en los que habían vivido desde hacía siglos. ¿Qué ocurrió, a partir de 1941, con los judíos sefardíes que vivían fuera de Israel? Fueron asesinados, desterrados o tuvieron que emigrar de su tierra natal.

En Chipre, desde 1974, una frontera vigilada por soldados de las Naciones Unidas separa a los griegos y turcos que vivían en los mismos pueblos. En la década de 1980, el gobierno búlgaro

impuso nombres eslavos a sus ciudadanos turcos o los empujó a la emigración. Desde 1991 ya no existen yugoslavos. Serbios, croatas y bosnios —que antes se casaban entre sí sin hacer ningún tipo de distinciones— ahora se destierran y matan unos a otros. El mismo proceso de secesión étnica y destierro está ocurriendo en estos momentos en Kosovo. Oficialmente, en Grecia sólo hay helenos; los macedonios no existen. Hasta no hace mucho, en Turquía no había kurdos sino sólo "turcos de la sierra".

Y, a propósito, ¿dónde están los italianos de allende el mar Adriático, los descendientes de los venecianos? Sólo los historiadores se acuerdan del nombre de la antigua república comercial de Ragusa.

Toda esta barbarie se legitima en razón del pasado, es decir, de la historia o, más exactamente, de la mala historia. Los serbios en Kosovo se remiten a un mito que se remonta a la batalla del Campo de los Mirlos, con respecto a la cual los historiadores serios de Serbia se encogen de hombros.

Los griegos —cuya capital, Atenas, a principios del siglo XIX (antes de que un rey bávaro la decorara con edificios neoclásicos) era una pequeña ciudad provinciana sin mayor importancia, cuya población estaba compuesta en un 50% por albaneses— le niegan a la república de Macedonia el derecho a usar su nombre porque no quieren que se empañe la memoria de Alejandro Magno —es decir, las pretensiones de Grecia sobre los territorios de Macedonia ocupados durante la guerra de los Balcanes— con elementos no helénicos.

Como podemos constatar, nosotros tampoco somos inmunes a este tipo de mitos. Es mala historia, más apropiadamente, historia falsa, cuando los políticos occidentales, diplomáticos y periodistas se consuelan arguyendo que los pueblos de los Balcanes siempre se han combatido y aniquilado mutuamente; y también es historia falsa afirmar, como lo hace David Goldhagen, que el genocidio nazi contra los judíos se deriva de un presunto antisemitismo genocida ancestral y hereditario propio de

los alemanes. Esto no es verdad. La meta y la función de las venganzas de sangre y los pogromos no fue el genocidio. Es en el siglo XX cuando se inventan el aniquilamiento sistemático de naciones enteras y el nacional-socialismo, el mismo que sólo le concede a un único grupo étnico derechos ciudadanos y derecho a existir. Nosotros los historiadores debemos recordarle al presente que ni hemos vivido ni vivimos una recaída en la antigua barbarie, sino que nos estamos dirigiendo hacia una nueva barbarie.

¿Qué podemos hacer los historiadores con respecto a esta decadencia que hace presa de los seres humanos de aquellas naciones que están frente a frente sin comprenderse y sin buscar el acercamiento y el entendimiento y que —en el mejor de los casos— levantan muros de Berlín visibles e invisibles contra "los otros"? A corto plazo, como historiador, no mucho. Aunque no se nos prohíbe nada y nuestros países no nos imponen una historia oficial, lo cierto es que no podemos nada contra aquellos gobiernos y masas que no quieren escucharnos. Es en grado sumo improbable que mi libro sobre naciones y nacionalismos encuentre hoy en Kosovo gran acogida.

La verdadera historia de Irlanda y de Israel está bastante lejos de los mitos nacionales; yo hablaría incluso algunas veces de falsificaciones que, todavía hoy, inducen a la diáspora irlandesa-estadunidense, de una parte, y judeo-estadunidense, de otra, a apoyar al ERI y a los derechistas ultranacionalistas de Jerusalén y Hebrón, respectivamente. Sin embargo, a largo plazo, los historiadores tenemos más posibilidades. Desde la década de 1960 en Irlanda, desde la década de 1980 en Israel, es decir, casi medio siglo después del nacimiento de un Estado independiente, los historiadores académicos de estos dos países se han liberado de los mitos de los movimientos nacionalistas. Quizá pronto le ocurra lo mismo incluso a la arqueología israelí.

Y a pesar de ello, por lo menos así lo espero, los defensores de las ideologías que buscan la destrucción del mundo no po-

drán dormir tranquilos mientras nosotros ejerzamos nuestra profesión. Porque Ernest Renan había tenido razón cuando escribió, hace más de un siglo: *"El olvido histórico, incluso el yerro histórico, constituyen factores sustanciales en la formación de una nación, y —por la misma razón— el avance, el progreso de la historia como ciencia es, con frecuencia, un peligro para la nacionalidad"*.

Esta es, creo, una bella tarea para los historiadores: ser un peligro para los mitos nacionales. Entre otras, he tratado de cumplir ésta en mis libros. Y quizás he contribuido así, con mi modesto aporte, a la reconciliación y al entendimiento, aun cuando dude de si se trata de algo que merece ser premiado. Pero es hermoso que ustedes sean de otra opinión. ■

Eric J. Hobsbawm. Historiador.

Es autor, entre otros libros, de *Sobre la historia* y *Naciones y nacionalismo* desde 1870.